



Los doce sentidos

Elaboración y recopilación por Nelson Aulestia, Director de la Escuela Leonidas Proaño, Quito, Ecuador.

Con el desarrollo de la psicología y la neurociencia se va evidenciando, cada vez más, la valiosa contribución de Rudolf Steiner en relación con los sentidos. Entendemos por sentido aquella función que nos permite percibir, tanto a nosotros mismos como lo que está fuera de nosotros, en el mundo exterior. La función de cada sentido se apoya en su respectivo órgano físico.

Todos conocemos algo sobre los cinco sentidos: tacto, vista, gusto, olfato y auditivo. Sin embargo, de acuerdo con Rudolf Steiner, estos sentidos no abarcan ni explican toda la vasta gama de percepciones humanas, como la de nuestro movimiento, del equilibrio, del estado de salud, de la temperatura, de la palabra (idioma), del pensamiento y del yo (identidad) de otra persona. Con base en cómo percibimos, podemos darnos cuenta de que existen tres formas de relacionarnos con el mundo. Esto es, como ser integrante de este mundo puedo percibir:

1) Mi propia interioridad (mediante los denominados sentidos inferiores).

2) El mundo exterior de la naturaleza, que incluye los reinos mineral, vegetal y animal, así como los objetos que ha elaborado el ser humano (mediante los sentidos intermedios).

3) El mundo exterior de los demás seres humanos, que me transmite también algunos elementos de su interioridad (mediante los sentidos superiores).

LOS SENTIDOS INFERIORES

Este primer grupo está conformado por los sentidos de la autopercepción, es decir, los que hacen posible que percibamos lo que sucede en nuestro interior. Se relacionan con la VOLUNTAD.

1. El sentido del tacto

El sentido del tacto se extiende por toda la piel. Este choque con el mundo despierta, ante todo, la conciencia de sí mismo, la sensación de: aquí estoy yo, allá está el mundo. Mediante el contacto con el exterior, el niño se forma una imagen y con el tiempo internaliza un concepto.

2. El sentido vital o cenestésico

Recoge el escenario vital que le transmiten los órganos del cuerpo. Nos informa si tenemos hambre, cansancio o algún malestar orgánico. Percibimos la vivencia de integridad, la sensación de estar arraigado en uno mismo.

3. El sentido del movimiento propio o kinestésico

Por medio del sistema muscular somos miembros dinámicos del mundo. Este sentido transmite la sensación de reposo o de movimiento dentro de nosotros mismos. Nos permite captar los movimientos internos al mover las extremidades y el torso, al caminar, erguirnos, sentarnos o movimientos más sutiles; y también fuera de nosotros, como el movimiento que hace el ojo al pasear por la periferia de un círculo y tomar nota de su redondez, de su tamaño. Son los músculos del ojo y el sentido del movimiento propio los que perciben la forma de los objetos.

4. El sentido del equilibrio

Está asentado en los canales semicirculares del oído. Este sentido percibe la relación entre la fuerza de gravedad de la tierra y nuestro propio cuerpo. Valiéndose de la posición relativa del cuerpo en el espacio tridimensional, nos informa sobre nuestra relación con el mundo circundante y nos permite acomodarnos y comportarnos en el espacio sin pérdida de equilibrio. Su desarrollo se relaciona con la disposición para las matemáticas.

LOS SENTIDOS MEDIOS

Constituyen el ámbito de los sentidos anímicos, en el que el ser humano y el mundo natural intercambian impresiones a nivel del SENTIR (simpatía - antipatía). Se ubican en órganos visibles, constituidos a partir de la piel formando cavidades hacia el interior del cuerpo. Nos transmiten experiencias sobre la naturaleza que nos circunda.

Las actividades artísticas son esenciales para desarrollar sentidos medios despiertos y vivaces, para ejercitar y fortalecer la voluntad y, de esta manera, crear un "buen gusto, buen olfato, buen ojo y calidez."

5. El sentido del olfato

Funciona mediante los nervios olfativos y nichos en la cavidad nasal. Requiere un medio semifirme o gaseoso que transporte la sustancia (olor). Una vez incorporada a la inspiración, la sustancia penetra muy profundamente en el organismo y se vierte en el torrente sanguíneo. Así como es de sensible el nervio olfativo, así también se cansa relativamente rápido y luego se recupera pronto para incorporar el próximo olor. En cierta forma, el oler es un acto de entrega: abrirse para dar lugar a otro ser.

6. El sentido del gusto

No es la lengua el asiento único de este sentido, sino también gran parte de la cavidad bucal y algo de la laringe, en los llamados botones gustativos. Para el sentido del gusto la sustancia a ser gustada debe encontrarse disuelta en líquido o ser disuelta por la saliva. No podemos saborear los sólidos.

7. El sentido de la vista

Estructura muy compleja que incluye: ojo, nervio óptico y más ramificaciones. Percibe tres tipos de colores:

- a) Los que cubren los objetos (el rojo de las rosas)
- b) Semietéreos (los del arco iris)
- c) Los subjetivos, que percibimos en nuestro interior (colores complementarios)

El ojo es un órgano que busca constantemente la armonía y que acaba produciéndola por sus propios medios. Tiene cinco habilidades básicas:

- 1 La acomodación, un movimiento muscular inconsciente mediante el cual el lente se achata y se arquea para poner los objetos a la distancia que necesita para verlos con nitidez.
- 2 Los movimientos sutiles de la pupila, centinela de la luz, para regular su entrada al ojo.
- 3 La producción de un color complementario al color mirado, siempre con la tendencia a completar el círculo de color; para lo cual, eso sí, necesita un mínimo de tiempo.
- 4 La habilidad de la retina de recibir la imagen que entra por la pupila, achicarla y pararla de cabeza para luego devolverla como imagen correcta.
- 5 La capacidad de ver en forma tridimensional, dada por el cruce del eje de los ojos.

8. El sentido térmico

Impregna, aunque no uniformemente, todo el cuerpo, salvo el ojo. La superficie es la que más se destaca en la percepción del calor y el frío. Irradiamos calor por la piel y por la exhalación. Ni el aire ni los alimentos ingresan a una temperatura equivalente a la de nuestra sangre (37°C); mantenerla exige una increíble actividad de nuestro organismo. Su mal funcionamiento da lugar a enfermedades respiratorias, ciertas neuralgias, lumbago y ciática.

Si para el sentido calórico, el órgano sensible al calor físico debe ser buscado en la piel, el órgano ligado al calor anímico habrá de buscarlo en el corazón. Una actitud anímica fría y calculadora, que actúa con apremio constante y escasos sentimientos, no propicia que al corazón llegue algo del calor que le es afín. En la época en la que el niño imita, es especialmente importante que el educador despliegue una mediación ejemplar de paciencia y calor anímico. Cada acción y cada pensamiento deberían ir acompañados por el calor anímico correspondiente; de lo contrario, se sienta un primer germen para enfermedades cardíacas y vasculares. Aprender a trabajar con entusiasmo enciende el calor que asegura nueva fuerza y perseverancia, y determina el fuego orgánico y anímico que tendremos disponibles en los años de edad avanzada.

LOS SENTIDOS SUPERIORES

La percepción mediante estos sentidos nos permite descubrir la interioridad del otro. Utilizan los órganos inferiores como reflectores para las experiencias que el alma puede experimentar fuera del cuerpo. Forman la base de toda vida social, de toda actividad cultural desarrollada por seres humanos. Se modelan única y exclusivamente en presencia y en contacto con otros seres humanos. Esto implica que los adultos deben ser los primeros en cultivarlos.

Se relacionan con el PENSAR.

9. El sentido auditivo

Marca la transición de los sentidos medios a los superiores puesto que el oído percibe todo lo que tiene sonoridad en la naturaleza, y lo que proviene del ser humano, captando algo de su íntima esencia. Una vez aprendido el buen hablar, el niño necesitará aprender el buen escuchar. El adulto que

sabe contar cuentos y hablar en imágenes, alimentará el alma y generará en los niños una tendencia al respeto y la reflexión, que son una sana base para la atención. Será elemental en este contexto cuidar que los sonidos sean portadores de vida y no mecánicos.

10. El sentido verbal o de la palabra ajena

El sentido auditivo aprecia el elemento acústico o musical del lenguaje, pero no su esencia misma. Lo que caracteriza a un idioma solo lo percibe el sentido del habla.

Rudolf Steiner asevera que no podríamos comprender palabras si no tuviéramos un organismo físico capacitado para el movimiento; la base para el organismo sensorio de la palabra es proporcionada por el sentido del movimiento, pero en estado de inacción. Por ello, para escuchar mejor, frenamos un movimiento en el aire y entreabrimos la boca para agudizar la comprensión.

Este sentido se fortalece con elementos de recitación como el 'coro hablado', mediante el cual se cultiva el ritmo, la correcta respiración y un saludable elemento social, vivenciando la potencia de la palabra.

11. El sentido del pensamiento ajeno

Permite percibir los pensamientos de otro ser humano, que hay que distinguir de la palabra. Al igual que el lenguaje corporal, la palabra es tan solo el vehículo que transporta los pensamientos, es decir, deberíamos distinguir el hablar del pensar.

La pantalla lo debilita, mientras que una actuación teatral verdadera lo activa y lo vivifica. El apuro, el estrés, el ajetreo y el ruido entorpecen este sentido hasta anularlo. Cuando funciona sanamente, nace el diálogo humanamente satisfactorio; de lo contrario, acudimos a los sentidos emotivos y juzgamos con base en ellos.

12. El sentido de la percepción del Yo ajeno

La actividad de este sentido es un proceso muy sutil que sucede casi puramente en el ámbito suprasensorio. Además de percibir el lenguaje y los pensamientos del otro, percibimos directamente su Yo.

En la actualidad, el encuentro entre dos personas es cada vez más difícil, a pesar de ser ésta 'la era de la comunicación'. Cada vez hay más soledad, más angustia, más violencia. ¿Por qué es tan difícil en nuestro tiempo acercarse al yo del otro ser humano?

Es una meta importante de la educación lograr que los niños dejen algún día la escuela llevando en su alma ideas lo más completas y multifacéticas posibles, respecto del ser humano. Para ello se debe procurar visualizar una imagen del ser humano desde diferentes facetas: historia, historia del arte, literatura, geografía, antropología, biografías como tema de narraciones, lectura y representaciones de obras de teatro, etc.

INTERRELACIÓN DE LOS SENTIDOS INFERIORES CON LOS SENTIDOS SUPERIORES

Los doce sentidos, propios del ser humano, empiezan a desarrollarse desde el primer día de vida. Los sentidos inferiores se desarrollan junto a los superiores, que se manifestarán más adelante. De allí que los problemas de aprendizaje que se manifiestan en los sentidos superiores deben ser abordados en su origen: los sentidos inferiores.

Estas relaciones pueden observarse en la convivencia diaria. Con esta finalidad se presenta un resumen adaptado del cuadro de interrelaciones elaborado por Arturo Ezquerro:



Imagen: Escuela Waldorf de Cuernavaca

Tacto y Yo	Vital y Pensamiento	Movimiento y Lenguaje	Equilibrio y Auditivo
Desarrollar el tacto ayuda a desarrollar la habilidad de conectarse con otros seres humanos, así como la atención.	Desarrollar salud y apreciación por la naturaleza ayuda a desarrollar la habilidad de abstracción y pensamiento	El desarrollo de la propiocepción es fundamental para el desarrollo del lenguaje, como puede ser visto en la lectura y escritura.	La habilidad de escuchar está ligada con la del equilibrio, no es sorpresa ya que operan en el mismo órgano.
Convivencia diaria: Se observa en el saludo de apretón de mano o en las figurativas 'palmadas en la espalda'. ¿No será que el déficit de atención no es más que un déficit de atención física, amorosa que conduce a la inhabilidad de percibir el YO de alguien más o de permanecer en el grupo?	Convivencia diaria: Necesitamos escuchar con frecuencia: "Te ves fuerte/sano/descansado, etc. el día de hoy". O cuando estamos enfermos: "Eres fuerte y pronto estarás bien".	Convivencia diaria: Expresiones como: "No te estoy siguiendo..." o "¿Me cachas?" ilustran la relación entre movimiento y lenguaje.	Convivencia diaria: Se puede observar el desarrollo de esta relación en los niños a los que les gusta dar muchos giros; la deficiencia, en los niños que se caen de la silla.
Juegos propicios: • Dibujar con un dedo en la espalda • Simón dice • Luchas y juegos de fuerza • Lanzamientos y atajadas, especialmente en pareja	Juegos propicios: • Actividad individual en silencio • Juego libre, correr, caminatas en la naturaleza • Acuarela • El ritmo es fundamental en las actividades diarias, semanales, mensuales y anuales	Juegos propicios: • Rodar, gatear, saltar la cuerda • Figuras de hilos con los dedos • Juegos con los ojos vendados • Juegos botando pelotas o canicas, como la mafatena, pelotas, etc.	Juegos propicios: • Gimnasia recreativa • Actividades que hagan girar el oído interno en el espacio, como colgarse en los pasamanos, rodar, marometas, etc.

CONCLUSIÓN

Resumiendo, tenemos los cuatro sentidos inferiores: tacto, vital, movimiento propio y equilibrio, relacionados con la VOLUNTAD. Luego se encuentran los cuatro sentidos medios: térmico, gusto, vista y olfato, que se relacionan con el SENTIR. Finalmente, los cuatro sentidos superiores: auditivo, la palabra ajena, el pensamiento ajeno, el yo ajeno, relacionados con el PENSAR. Igualmente, podemos parafrasear imaginativamente la profunda aseveración de Rudolf Steiner de que el YO se pasea por los doce sentidos de la misma manera en que el sol lo hace por los doce signos del zodiaco.

El estudio de los doce sentidos desarrollado por Rudolf Steiner es un aporte humanamente esperanzador, ya que constituye uno de los pilares fundamentales para impulsar una educación propiciadora del diálogo, la responsabilidad, la moral y la ética tan venida a menos en nuestros días. Anhele que esta visión general de los doce sentidos despierte el interés de padres y docentes, por profundizar en este estudio a fin de promover su autodesarrollo, y de esta manera incidir en el desarrollo de los niños, niñas y adolescentes y así aportar a la construcción de una sana convivencia social.

Tres signos y su mensaje La pandemia de Covid a la luz de la ciencia espiritual

La pandemia de Sars-CoV-2 es un fenómeno mundial que concierne, en mayor o menor medida, a casi todo el mundo y que plantea considerables retos terapéuticos. ¿Cuál es su "mensaje" para la humanidad o, en otras palabras, cuál es el significado y la esencia de esta enfermedad? Podemos encontrar el sentido si miramos más allá de la propia enfermedad y nos preguntamos qué actitudes o acciones son una respuesta adecuada a la pandemia y qué nivel de comprensión espiritual exige. Tenemos que aceptar la pandemia y, al mismo tiempo, mirarla de una manera nueva que se relacione con la corriente de evolución de la humanidad y nos permita abrir un camino fiable hacia el futuro.

Actualmente, la gente está hipnotizada por este virus y sus nuevas mutaciones. A diferencia de las bacterias, que poseen sus propios procesos vitales, y a diferencia de otros microorganismos que incluso muestran movimiento, los virus son de naturaleza mineral y no tienen procesos vitales propios. Por eso necesitan organismos huésped en los que puedan reproducirse. Por lo tanto, los virus podrían considerarse como información "congelada" que llega a la esfera de la vida a través de otros organismos. Las enfermedades no sólo tienen síntomas físicos; en sus procesos se revela también una sorprendente inteligencia. Lo vemos, por ejemplo, en las resistencias que pueden desarrollar a los antibióticos, en el tratamiento del cáncer o en las mutaciones que surgen, en parte, debido a la presión selectiva provocada por las vacunas. "¿Quién es el portador de esta inteligencia?", es una pregunta muy presente, rara vez expresada públicamente ya que sitúa al interrogador en una comprensión precientífica de la enfermedad. Sin embargo, esta pregunta vive en muchas personas que están en una búsqueda espiritual.

Implicaciones sociales de la pandemia

Lo primero por notar es la comprensión unilateral de la enfermedad, centrada en el patógeno, y que no corresponde a los conocimientos científicos más recientes. En infectología no sólo es importante la exposición al patógeno, sino también el "diálogo" del ser humano con el patógeno infeccioso y, por tanto, también la capacidad de recuperación y la disposición del individuo. Esta sencilla conexión se conoce desde hace décadas. Rudolf Steiner la abordó con detalle, sin restar importancia al papel de los patógenos. Es esencial tener en cuenta al ser humano en su totalidad. En su resiliencia, no solo la edad y el físico (enfermedades preexistentes, factores de riesgo) son relevantes, también lo son la condición mental y espiritual de la persona. Por tanto, debemos encontrar una forma de salir de la "perspectiva culturalmente limitada" (Carl Friedrich von Weizsäcker) y adoptar una visión más amplia que nos incluya a los humanos como seres espirituales. Las fuerzas curativas requieren una organización vital estable, están conectadas con el estado mental de la persona y con la autoeficacia de su yo espiritual.

Percibir el todo no se refiere únicamente al ser humano, también incluye la tierra, los reinos de la naturaleza y el macrocosmos. Para que el ser humano esté sano, el entorno que lo sustenta también debe estarlo. Si llegamos a esta conclusión, también nos daremos cuenta de que, hasta el estallido de la pandemia, la discrepancia entre el conocimiento que teníamos de la crisis provocada por el ser humano en la tierra y sus envolturas (suelo, agua, aire y, asociado a esto, el calor) y las acciones emprendidas para asumir conscientemente la responsabilidad de la crisis ecológica había venido creciendo constantemente.

La crisis de Covid ilustra nuestra capacidad para cambiar nuestros hábitos. ¿Qué cambios sostenibles son necesarios si queremos salvaguardar la vida de la tierra y de las generaciones futuras? El sufrimiento de los niños, que son las víctimas y no el sujeto de la lucha contra la pandemia, lo hace aún más evidente.

Esto nos lleva a una segunda característica llamativa de esta crisis que tiene que ver con la esfera social: la polarización y división causadas por la pandemia. Es conmovedor y a la vez deprimente ver la intensa división emocional que separa incluso a personas que suelen estar muy unidas. Ya no es posible un intercambio fructífero entre diferentes puntos de vista. En su lugar, vemos impulsividad emocional, rechazo, incluso odio hacia otros puntos de vista. Y este proceso es reforzado por los medios digitales y los algoritmos que controlan las redes sociales, ajenos a la construcción de comunidades y espacios de encuentro

necesarios para la mediación. Todo esto también forma parte de las implicaciones sociales de esta pandemia.

Un tercer fenómeno es el miedo y la ansiedad asociados a la pandemia. Las impactantes imágenes de los medios de comunicación y las noticias que se centran en la propagación de la enfermedad, en el número de infecciones y de muertes diarias, llenan a muchas personas de un miedo abrumador. Esto se agrava aún más por el aislamiento y la soledad impuestos que causan otro tipo de sufrimiento: vemos un aumento de la violencia doméstica, una increíble perturbación del desarrollo infantil, un aumento de los problemas de salud mental y otros riesgos para la salud. El efecto adverso del aislamiento y la soledad en la salud humana está bien documentado.

Fuerzas obstructivas en la evolución humana

Los tres factores mencionados apuntan a profundas fuerzas obstaculizadoras presentes en el alma humana. El reduccionismo científico se alimenta de las dudas sobre un mundo espiritual y, por tanto, de la pérdida de una perspectiva global de sentido en el desarrollo humano y cósmico. En un mundo de hechos puros, desprovistos de contexto significativo, las "noticias falsas" y las "verdades alternativas" pueden extenderse de forma pandémica y desafiar la capacidad de las personas para formarse sus propios juicios. Es esencial reconocer la negación de la realidad y las cualidades de la mentira. La polarización en las opiniones y perspectivas se agudiza hasta llegar a la exclusión mediada por el poder, de los disidentes del discurso público e, incluso, a la violencia física. La angustia y el miedo, en fin, aparecen siempre cuando se pierde el terreno conocido y la vida se acerca a un umbral hacia lo desconocido. Rudolf Steiner se refiere a las tres fuerzas descritas como oponentes ahrimánicos del conocimiento y como fuerzas que obstruyen el desarrollo humano. Al principio de su obra, habla de la "adicción a la información", del vacío del alma que la gente intenta contrarrestar buscando diversión y, finalmente, de la violencia (1), como síntomas de que la humanidad se encuentra en el umbral del mundo espiritual. Y es obvio que la duda genera inseguridad y de esta surge el deseo, a menudo adictivo, de información destructiva, la cual llega mediante innumerables canales y a un ritmo muy rápido. La pérdida de la orientación espiritual y religiosa en una sociedad cada vez más secularizada va de la mano de una nueva "fe" en la fiabilidad de la ciencia, lo que da lugar a una avalancha de información que ya nadie es capaz de procesar. Sin embargo, la ciencia natural deja sin respuesta las preguntas sobre la dimensión espiritual, el sentido de la existencia humana. El vacío del alma se llena a menudo con todo tipo de "diversiones". El preocupante aumento de las adicciones (no necesariamente a sustancias) y de la dependencia de los medios de comunicación son indicativos de este vacío del alma. El miedo y la ansiedad suelen ser fuentes de violencia y señalan las tendencias autocráticas de la regresión social. Los brotes de violencia surgen con frecuencia del sentimiento de amenaza y del miedo. La violencia destructiva no nace de la fuerza, sino de un alma llena de miedo.

Estas fuerzas son especialmente eficaces en la actual pandemia. Se reflejan en la forma en que las personas se enfrentan a ella e ilustran su disposición interior y su susceptibilidad al contagio. Prosperan cuando el pensamiento, el sentimiento y la voluntad ya no trabajan juntos en la constitución humana y aún no han alcanzado la competencia del "yo" necesaria para la cooperación "horizontal" que, a su vez, es necesaria para superar, en libertad, los retos y las crisis sociales. Cuando nos encontramos con alguien en apuros, sentimos compasión y queremos ayudar. En estos momentos nos enteramos por los medios de comunicación de muchas personas que sufren. Sin embargo, lo único que solemos recordar son las cifras de muertes e infecciones. Su sufrimiento no nos llega; no sentimos compasión ni voluntad de ayudar. Nuestras fuerzas anímicas se han desvinculado unas de otras y ahora nos exigen que nos activemos individualmente para reunir las de una manera nueva.

¿Qué pide la crisis?

Superar las fuerzas opositoras que actúan en el alma humana implica un desarrollo: ampliar la mirada para incluir lo anímico y lo espiritual y las consiguientes fuerzas curativas, que nos sanarán en lo individual y como sociedad. Las intervenciones dirigidas al virus y a limitar la exposición no son las únicas medidas útiles: el desarrollo anímico-espiritual puede fortalecer en gran medida los poderes corporales de recuperación. Está demostrado, por ejemplo, que experimentar y practicar el arte es muy eficaz en este sentido. La polarización de los puntos de vista está pidiendo espacios de encuentro, de diálogo, en foros de ciudadanos, por ejemplo, necesitamos estar abiertos a otros

puntos de vista, así como el equilibrio interior que transforme las emociones polarizantes. Por último, necesitamos tener valor para contrarrestar el miedo; encontrar formas de ayudar a quienes se han visto tan gravemente afectados por esta pandemia; necesitamos humanidad y solidaridad activa; practicar la fraternidad. En esta pandemia los más afectados han sido los ancianos y los enfermos. Por muy esenciales que sean el aislamiento de los casos agudos y la protección de los grupos de riesgo, una respuesta sostenible a esta crisis requiere comunidades más inclusivas, más valor y más compromiso con el diálogo intergeneracional y ayuda mutua concreta. No hace falta mucho para respaldar a una organización que esté ofreciendo apoyo sustancial, sobre todo en lugares donde la gente está luchando, debido a la pandemia, para alimentar a sus familias. No hay solución virológica o sociológica a esta crisis, mientras la desigualdad social siga creciendo. Sin embargo, también son eficaces la simpatía moral, los pensamientos y sentimientos de ayuda y el recuerdo de los fallecidos.

Los impulsos de Miguel y la eficacia de Cristo

Los retos a los que nos enfrentamos actualmente se expresan en una escultura de Ernst Barlach, cuyo 150 aniversario se celebró el año pasado: el "Guerrero del Espíritu" (título de la obra) supera una amenaza inminente, no asestando un golpe mortal, sino mediante el poder victorioso y transformador de la espada alzada. Su postura transmite la rectitud y la capacidad de mantener el equilibrio bajo presión, con los dos pies colocados sobre el dragón. "Hay que renovar toda la tradición de Miguel. Miguel con los pies colocados sobre el dragón: esa es la imagen apropiada, que representa a Miguel el guerrero, mientras defiende el espíritu cósmico contra los poderes ahrimánicos bajo sus pies". Estas son las palabras de Rudolf Steiner (2) y parecen referirse a esta escultura, pero fueron pronunciadas cuatro años antes de su inauguración. En otras representaciones de Miguel, es la balanza la señal de la necesidad de desarrollar el equilibrio en el alma. Además de la valentía para transformarse y del equilibrio de la balanza de Miguel, su mirada es importante. En la escultura mencionada, la mirada de Miguel está dirigida ligeramente hacia abajo, como si contemplara a la humanidad desde su gran altura. Sugiere el desarrollo de un conocimiento humano que aprende a ver lo espiritual dentro del mundo sensorial. El desafío global que vivimos actualmente pide estos poderes del Espíritu de nuestro tiempo, de su mirada; pide el equilibrio del alma y el valor de enfrentarse a los poderes de obstrucción ahrimánicos.

Una nueva forma de ver, de la que hablaba de forma impresionante Jacques Lusseyran, que perdió la vista de niño, presupone la devoción por lo pequeño, la capacidad de maravillarse y de preguntarse. Sólo así podrán revelarse nuevas conexiones y fondos espirituales. Transformar el mundo, ya explicado, en algo para maravillarse de nuevo, despierta la reverencia por la creación y no la convierte en un objeto útil. Fomentar los encuentros humanos ayuda a construir puentes que nos conectan con la calidez y la atención amorosa a la otra persona. La conciencia moral conduce a acciones orientadas a lo que es necesario; conduce a impulsos de la voluntad que orientan al Yo Espiritual hacia el Tú, en el esfuerzo por encontrar el bien y así desarrollar la bondad en nuestras acciones. Rudolf Steiner habla con detalle de estas tres cualidades: sentido de asombro, capacidad de amar y conciencia, y describe su eficacia como miembros constitutivos de Cristo: "Ahora ves lo estrechamente que nuestras vidas están conectadas con el Cristo. Desde el Misterio del Gólgota hasta que se haya alcanzado la meta de la evolución terrestre, los seres humanos se perfeccionarán cada vez más, acercándose a lo que puede existir en ellos siendo un 'yo'. Los seres humanos se unirán con el ser Cristo que ha venido entre ellos, si trascienden su propio yo y, mediante el asombro y la reverencia, contribuyen al cuerpo astral de Cristo. Cristo no construye su propio cuerpo astral, sino que los seres humanos contribuyen a construirlo al vivificar su sentido de reverencia y asombro. El cuerpo etérico de Cristo se construye a partir de la compasión y el amor que sentimos unos por otros, y su cuerpo físico por el que se desarrollará en los seres humanos como conciencia". (3) Los poderes transformadores de Miguel, el espíritu de nuestro tiempo, pueden potenciar la eficacia de Cristo en este momento y darle un lugar en nuestra civilización.

(1) Steiner, Rudolf: AG 10, capítulo 9 (La escisión de la personalidad en la formación esotérica)

(2) Steiner, Rudolf: GA 240, conferencia del 19 de julio de 1924

(3) Steiner, Rudolf: GA 133, conferencia del 14 de mayo de 1912

Texto traducido del original *Three signs and their message* por Matthias Girke y Georg Soldner, publicado en: <http://Goetheanum.co/en/news/>